



Ponente¹

RICARDO LOY

Secretario General de Manos Unidas

Soy el secretario general, no el presidente. Baja un poco la categoría porque tuvimos un problema de fechas con viajes, que después se suspendieron y tal... y claro, tuvo la amabilidad, como yo quedé el primer encargado de venir aquí, de mantenerlo, aunque al final pudo haber venido doña Clara Pardo, que es nuestra presidenta.

Agradezco la invitación del Congreso Católicos y Vida Pública por invitarnos a esta mesa de la acción social y el cuidado de las personas de la Iglesia en España. Me parece que el congreso es una iniciativa interesante porque sigue siendo una llamada a todos los católicos para estar presentes en la vida política, económica, social, cultural... en fin. Porque no sé si nos estamos volviendo a las catacumbas en ocasiones, pero igual es conveniente que alguien nos recuerde que nosotros aquí podemos participar activamente en la sociedad. Y también quisiera presentar mi intervención, que va a girar en torno a tres reflexiones fundamentales. Yo no pretendo, porque sería imposible. Dice nuestro consiliario nacional que Manos Unidas es la institución más complicada que conoce. Yo lo dejo ahí.

Manuel Bretón Romero - Pues no conoce Cáritas.

Ricardo Loy - Sí la conoce, sí. Lo dejo ahí, pero, efectivamente, tampoco voy a explicar, porque me imagino que será de general conocimiento, cómo funciona y cómo trabaja Manos Unidas.

Sí quisiera hacer una primera reflexión de historia, del origen de Manos Unidas, porque tiene mucha importancia en lo que somos ahora y en lo que pretendemos seguir siendo. Creo que hay un agradecimiento que hacer a figuras como Pilar Bellosillo o Mari Salas, que fueron las que pusieron en los años 40 y 50 las bases de una organización católica de mujeres en las que se fundamentó la promoción de la mujer, y pusieron en marcha muchas iniciativas de acción social fundamentalmente preocupadas por la mujer. Por eso quiero hacer una reflexión y, a lo mejor, una reivindicación de estas per-

¹ Transcrito por audición.

sonas, porque creo que ni la acción católica en la Iglesia española ha hecho el merecido reconocimiento a estas personas. La segunda reflexión sería más práctica en el sentido de contaros un poco lo que tratamos de hacer; no sé si lo conseguiremos siempre. Y la tercera es una reflexión ya más personal, más íntima, sobre mi experiencia en estos dos años trabajando en Manos Unidas directamente, que vivo más como un servicio que como una ocupación laboral.

Entrando en lo que sería la reseña histórica lo voy a leer porque, si no, me alargo de tiempo. Entre las dirigentes del movimiento de mujeres de Acción Católica y en otros movimientos femeninos de la Acción Católica, con la ayuda de muchos consiliarios en toda España, se vivía como una gran preocupación la situación de las mujeres en la sociedad y en la Iglesia española de los años 40 y 50. Desde las reflexiones de los equipos de militantes, se quiso dar respuesta a la necesidad de formación como ciudadanas y como creyentes a las mujeres y así se iniciaron procesos que hicieron posible que muchas mujeres asumieran su vida y su ser Iglesia como una responsabilidad personal, no como la sugerencia de otras personas. De esta manera, creció en el seno de la Iglesia una generación de mujeres laicas formadas que vivían su compromiso de fe en todas las dimensiones de su vida, incluso en lo social y lo político. Esta necesidad sentida por las mujeres asociadas en la Acción Católica no nacía por generación espontánea; estaba impulsada por muchos consiliarios y era también la respuesta a una llamada del papa Pío XII que formuló en muchas ocasiones la necesidad que tenía la Iglesia de contar con las mujeres para la tarea de evangelización, de que fueran reconocidas como sujetos con derechos y obligaciones, que tenían un papel que jugar en la familia y en la sociedad, que la Iglesia no podía prescindir de la mitad de los creyentes.

La primera experiencia que pusieron en marcha, aparte de los procesos de formación que se podían vivir dentro de los movimientos de Acción Católica junto con todos los militantes del movimiento, fue que se plantearon cuáles eran los problemas de la mujer en la sociedad española en los años 40 y 50 y, fruto de ese análisis, pusieron en marcha una iniciativa muy seria de formación de mujeres del mundo rural que hoy son conocidos como los centros católicos de cultura popular y desarrollo de adultos, en los que se proporcionaba a las mujeres clases de alfabetización, historia, literatura, filosofía, arte, medicina, nutrición y todo ello enmarcado dentro de un proceso de formación en la fe. Se conectaban así la vida, la fe, la cultura, como un todo que ayudaba a las mujeres a crecer en dignidad, conocimiento, respeto por ellas mismas, haciéndolas conscientes de que eran personas que podían

tomar las riendas de su vida y de sus familias, de sus barrios o de sus pueblos. En el transcurso de la historia de los centros, llegaron a poder dar titulaciones oficiales reconocidas por el Ministerio de Educación y Ciencia, que ayudaron a sus alumnas a mejorar sus condiciones de vida en un proceso completo de desarrollo humano. Esta fue la primera experiencia desarrollada en nuestro país de formación de adultos no formal. Y a ella se acudió en los primeros pasos de la educación no formal de adultos en toda España. Y esas mismas mujeres tuvieron un trabajo en una dimensión internacional. Las mujeres de Acción Católica entraron en contacto, a través de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas, con grupos de católicas de otros países de los cinco continentes.

En esa organización mundial, las dirigentes de la Acción Católica española pudieron conocer de primera mano las dificultades que vivían los pueblos del entonces llamado tercer mundo, en pleno proceso de descolonización. En el curso de las reuniones, fue generándose en las organizaciones femeninas participantes la idea de luchar contra el hambre en el mundo como una iniciativa que tenía muchas complejidades políticas, económicas, culturales y, en el caso de España, además, la situación jurídica de las mujeres. Fruto de esos diálogos y del conocimiento que proporcionaba sobre los problemas del hambre, la incultura y la pobreza, la UMOFC formula un manifiesto declarando la guerra al hambre en el mundo, con una manifestación que es un gozo leer por su vigencia y porque hace una llamada a la humanidad para superar los problemas del hambre y la pobreza y hace depender la solución de los mismos, no solo del dinero, sino de un cambio de las conciencias, de las relaciones económicas, del sistema de valores de la sociedad. Es un manifiesto de declaración de guerra al hambre de forma consciente y realista, no utópica o soñadora, movida por la fe en Jesús. Esa declaración de guerra al hambre, merced a la posición de la UMOFC como observador permanente en la FAO, es conocida por su secretario general y asumida por la Organización Internacional como ideario de su trabajo. Y fruto del conocimiento adquirido, de las relaciones establecidas, de la declaración o del manifiesto del nuevo objetivo real de vencer el hambre en el mundo, las mujeres de Acción Católica ponen en marcha la campaña contra el hambre, hoy conocida como Manos Unidas, realizando la primera campaña en 1959 y, creo recordar, que con un préstamo de Cáritas de 500.000 pesetas, porque no había habido tiempo para hacer la colecta.

Claro, ahí está. Qué bueno ser amigos y hermanos.

Estas mujeres, ¿cómo establecieron el trabajo de lucha contra el hambre? Como un compromiso que tenían asumido junto con otras organiza-

ciones católicas de todo el mundo. Lo primero que hacen es fundamentar su tarea en una respuesta consciente de creyentes ante un problema real de alcance mundial. Manos Unidas no es así una iniciativa meramente humanitaria ni un producto de la filantropía de mujeres bien pensantes. Es el compromiso consciente, reflexionado, desde el análisis de la realidad; la respuesta firme y decidida de un grupo de mujeres católicas que se sienten responsables de sus hermanos, que quieren hacer presente el reino, la construcción de la fraternidad universal en este mundo. Es la puesta en práctica de un verdadero compromiso de fe, de la caridad organizada y eficaz, de la apertura al otro, al que más necesidad padece, movidas por el amor de Cristo; de un servicio a las personas generado en el amor universal de Jesús.

Definieron su acción en los primeros momentos, teniendo como objetivo la superación de las tres hambres que se han de superar para alcanzar un verdadero desarrollo humano: el hambre de pan, el hambre de justicia y el hambre de Dios. Solo haciendo posible que la persona supere esas tres hambres, se hará realidad que todas las personas y toda la persona alcancen una verdadera vida humana y puedan vivir con dignidad, desarrollando todas sus capacidades. Por eso su trabajo se basó desde un principio en el Evangelio y en la Doctrina Social de la Iglesia. Porque ambos son instrumentos que nos permiten vivir enfrentando los problemas con el criterio de Jesús de hacer visible su amor por todos los hombres y hacer posible que nosotros podamos superar nuestro egoísmo y nos podamos hacer responsables de los hermanos; que seamos la misericordia de Dios encarnada, que seamos los samaritanos de este tiempo.

Desde el inicio se buscó un desarrollo humano concebido como un proceso solidario y duradero sostenible económica, social y medioambientalmente, donde la persona es el centro integral, abarcando todas sus dimensiones: física, intelectual, social, cultural y espiritual. Desde esta comprensión del desarrollo humano, el mismo no se puede hacer de cualquier manera y ya desde el inicio se apostaba por que las personas fueran protagonistas de su propio desarrollo. Manos Unidas no quería ser ni un padrino que nos da el regalo por Pascua, ni un padre que cuida de sus hijos, ni un jefe que nos marca el trabajo que hay que realizar. Manos Unidas tenía que ser la manifestación de unos hermanos puestos al servicio de otros hermanos, estableciendo relaciones entre iguales. Por eso, los proyectos que se financian vienen siempre demandados por las comunidades beneficiarias. Ellas descubren la necesidad, proyectan los pasos que hay que seguir, formulan el plan de acción y se comprometen en su realización. Son protagonistas de su propio desarrollo. Manos Unidas solo es el hermano que atiende sus demandas, que, por estar

en mejor situación, puede compartir con ellas recursos. Al final, solo somos financiadores para los hermanos que toman en sus manos la superación de sus problemas, que luchan por mejorar sus vidas.

Y junto a los proyectos, desde el principio las mujeres consideraron que solo encontrar recursos económicos no era suficiente para superar el estado de abandono de gran parte de la población mundial. Solo con una decidida actividad en la sociedad se superarían los problemas de hambre y pobreza en el mundo. Y así, desde el principio, se estableció la llamada “educación para el desarrollo” como una exigencia más de la actividad de Manos Unidas. La educación para el desarrollo es un campo de trabajo para hacer consciente a la sociedad de los problemas a los que nos enfrentamos, de las causas que los provocan, de las soluciones que ya existen. Es una llamada a las conciencias individuales para cambiar nuestros modos de vivir, para hacernos conscientes de que los problemas del mundo, porque somos cristianos, son también nuestros problemas y tenemos que ponerles solución; solución que no ha de ser un parche, sino que ha de enfrentar los problemas de fondo de la realidad que vivimos. Desde el principio, actividades como charlas, juegos, conciertos, conferencias, cursos y toda una batería de iniciativas que trataban de dar a conocer los problemas, las causas de los mismos, las soluciones existentes y la puesta en marcha de iniciativas de colaboración con instituciones, universidades, profesores, obispos, socios de Manos Unidas que nos ayudaron a tomar conciencia de los problemas que vivían nuestros hermanos en otras latitudes; de las causas que están haciendo posible ese estado de cosas; de iniciativas ante gobiernos, instituciones internacionales, para difundir los problemas, sus causas y la necesidad de establecer soluciones conjuntas, comunes, compartidas, en gran parte, dependientes de los gobiernos. Para hacer efectiva esta idea de lucha contra la pobreza y la exclusión, de desarrollo desde una perspectiva cristiana, se puso en marcha la organización de Manos Unidas, que sigue adelante con una serie de valores o actitudes que vivimos desde el origen y que seguimos manteniendo, en ocasiones a duras penas, pero que creo que llegamos a mantener.

El compromiso de los voluntarios de la organización, el trabajo que realizan durante los 365 días del año para conseguir dinero para los proyectos y sensibilizar y concienciar a nuestra sociedad; la utilización, sobre todo, de fondos propios en la financiación de los proyectos; la austeridad como forma de funcionamiento. Si un euro puede ir a un proyecto, no se gasta en *marketing*; la solidaridad con las personas más abandonadas del mundo, llegando a los lugares más apartados, sobre todo porque, no teniendo gente en el terreno, nos fiamos y confiamos en los hermanos que están en el terreno,

en las Cáritas de otros países, misioneros, misioneras, organizaciones laicales, asociaciones de todo tipo con las que colaboramos a lo largo y ancho del mundo, como Willy Fog; la comunicación, información y formación sobre los problemas del hambre y sus causas; la colaboración aquí y allí con personas e instituciones, católicas o no, que hacen posible la transformación del mundo. Y, sobre todo, desde el principio y hasta el momento, el compromiso para futuro, hacer visible y real el amor del Evangelio; hacerlo eficaz, instrumento para la mejora de la vida de las personas.

Centrándonos ya en nuestro trabajo, quisiera comenzar esta reflexión con las palabras que el cardenal Turkson, que es el responsable del nuevo Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral, nos dirigió en las últimas jornadas de formación el pasado mes de octubre, pues son aclaratorias de la tarea que hemos de realizar las instituciones católicas comprometidas con el desarrollo humano, con el cuidado de las personas. Nos decía el cardenal, como conclusión de su intervención, poniendo en relación la llamada Agenda 2030 y la aportación que desde la Iglesia debemos hacer a la cooperación y el desarrollo, lo siguiente: “La Agenda 2030 propone un plan de desarrollo integrado basado en las tres dimensiones del desarrollo sostenible: económica, social y ambiental. Y como se señaló anteriormente, coloca a la persona humana en el corazón del plan. Como tal, el plan debe ser interpretado e implementado en interés de la persona humana, con pleno reconocimiento de sus derechos y su dignidad. Esto significa que el éxito de la Agenda 2030 dependerá de ir más allá del léxico de la economía y la estadística, precisamente porque el énfasis real está en la persona humana y en sus actividades.

Naturalmente, un enfoque integral para el desarrollo de la persona debe tener en consideración la dimensión múltiple de la persona humana. En consecuencia, las consideraciones de las dimensiones morales, espirituales, religiosas no pueden ser ignoradas sin grave detrimento de la persona humana y de su completo desarrollo. Se deduce también que el objetivo de garantizar patrones de consumo y producción sostenibles no puede considerar únicamente los límites de los recursos naturales. Debe incluir criterios que tengan relación con la promoción de la solidaridad entre personas, comunidades y naciones, así como el autocontrol”. Estas palabras, que son introductorias de la presentación que quiero hacer de nuestro trabajo, son importantes porque, de alguna manera, nos aclaran y nos definen el trabajo de las organizaciones católicas en todo este mundo de la cooperación y el desarrollo en el que están implicadas tantas personas. La llamada Agenda 2030, que es al final el compromiso formal de todos los países con el desarrollo, la cooperación, la eliminación de la pobreza y de la injusticia y de no sé qué, son palabras que están firmadas por

muchos Estados, pero que no sabemos qué práctica tendrán al final. Y una de las obligaciones que creo que tenemos las organizaciones católicas de cooperación es hacer posible que todo eso que se dice ahí de palabra sea verdad.

Fundamentalmente, nuestro trabajo tiene dos actividades fundamentales. Por un lado, la educación para el desarrollo, entendida como aquellas acciones e iniciativas encaminadas al cambio de estructuras, valores, actitudes y comportamientos que favorezcan la construcción de un mundo más justo y una sociedad más solidaria. Eso lo tendremos que hacer aquí, fundamentalmente. Esta faceta favorece la comprensión de las interrelaciones económicas, políticas, sociales y culturales entre las personas, los pueblos y las naciones. Busca vías de acción para lograr un desarrollo humano y sostenible; promueve valores y actitudes relacionadas con la solidaridad y la justicia social. Con la EPD queremos colaborar en la construcción del reino de Dios para hacer posible que cada persona pueda vivir según su dignidad, promover la cultura de la solidaridad –un solo mundo, una sola familia humana– donde todos somos corresponsables unos de otros, generar cambios de actitudes, de valores, de conductas y de estructuras viviendo la dimensión profética de denuncia y anuncio, informar de las causas de la pobreza y la desigualdad, haciendo posible la vigencia de los derechos humanos, generar relaciones e intercambios más equitativos entre los pueblos. En resumen, con la EPD (Educación para el Desarrollo) queremos informar y sensibilizar, educar y formar, lograr incidencia política y movilización social, investigar.

La segunda parte de nuestro trabajo, el segundo elemento, es la realización de proyectos de cooperación como medio para acompañar a las comunidades que trabajan por la justicia en los países en desarrollo, apoyando sus iniciativas. En esta tarea es fundamental el protagonismo de las personas del sur, porque los empobrecidos han de ser contemplados como sujetos con capacidades y recursos, derechos y deberes, capacitados para salir por sí mismos de su situación con la solidaridad de los demás. Para llevar a la práctica esta visión del desarrollo realizamos, con el compromiso y planificación de las organizaciones socias en terreno, proyectos de cooperación en cinco ámbitos de actividad fundamentalmente: educación, agricultura, sanidad, promoción social y promoción de la mujer. Con estos proyectos queremos crear igualdad de oportunidades, promover mejores condiciones de vida, fomentar la participación, etcétera. Para todo eso contamos con los medios que tenemos, que son 5.000 voluntarios –de los que unos 2.000 son miembros de la Asociación Pública de Fieles, que está en la base de la organización–, 136 personas contratadas, 80.000 socios y donantes y colaboradores... Todos nosotros trabajamos en esas tareas y, además, buscamos la financiación, que

un 87% es de origen privado. Solo un 13% procede de la financiación pública en todas sus vertientes: estatal, autonómica o local.

Iniciamos ahora un camino de búsqueda de fondos con la Unión Europea. De todos esos gastos –de ahí la importancia que se da dentro de nuestra organización al destino de los euros con los que contamos–, el 90% se destina a los fines de la organización, que son EPD y proyectos, y solo el 10% a la promoción, capacitación y administración instructiva. Esto es un principio que se sigue manteniendo, y en las asambleas no sabéis lo que significa eso, en cuanto a ver en qué estamos gastando el dinero y qué posibilidades hay de contratar a una persona. En Manos Unidas, contratar a una persona es como un suplicio kafkiano en el que hay que hacer informes, convencer a mucha gente, etcétera. De ahí la importancia de los voluntarios dentro de nuestra organización, porque, al final, son la base y el fundamento de todo el trabajo que hacemos.

Y, por último, quisiera contar mi experiencia. Yo no soy hinch de ningún equipo grande de Madrid ni de nada; soy de un modesto equipo del norte de España, que se llama Real Oviedo, que tiene una historia muy importante en los años 30 pero ahora no. Ahora somos una especie de “piltrafilla”. Creo que un cristiano, un católico comprometido y militante en la Iglesia no puede ser de grandes equipos de fútbol, pero... Lo dejo ahí como reflexión última. Para un cristiano que ha aprendido a vivir su fe en la Iglesia dentro de la asociación laical de la Acción Católica, trabajar en Manos Unidas no deja de ser una gracia, un don que ha puesto en mi camino el Padre por mediación de otras personas para participar en la tarea de la Iglesia, en la atención a las personas más desfavorecidas del mundo. Por eso no vivo mi trabajo como una carga ni como un problema, sino como una experiencia de fe que me permite crecer como creyente junto a otras personas, también entregadas a hacer visible el amor de Dios por los hombres de una forma real y eficaz; ya sean voluntarios o contratados de la organización; ya sean los o las misioneras y las organizaciones de Iglesia, sostenidas por cristianos que, a lo largo y ancho del mundo, se ocupan de llevar la misericordia de Dios a las personas que están en los lugares más abandonados y pobres ante las situaciones más inhumanas, y son ellos los que sostienen la esperanza del Evangelio.

Por eso, para un cristiano, como es mi persona, es un don, un gozo por el que doy las gracias al Padre todos los días. No diré que no cansa; que hacer comunidad o simple equipo de trabajo es laborioso, que el factor humano no nos permite hacer todo de lo que somos capaces, pero sí puedo decir, porque lo he experimentado, que somos capaces de llegar a hacer lo que hacemos

porque el Padre nos sostiene y corrige nuestros errores. Y así podemos cambiar la vida, junto con otras personas, de este dolorido mundo.

Quisiera animar a todos a acercarse a esta parte del ser y hacer de la Iglesia. Que la ayuda es eficaz; que el trabajo que queda por hacer de sensibilizar y concienciar a nuestras sociedades o, por lo menos, a los cristianos de nuestra Iglesia española es ingente porque lo son el dolor y el sufrimiento de las personas que hemos de mitigar y cuidar. Hemos de reflexionar que si al lado de nuestra mesa hay alguien que pasa necesidad, aunque solo sea una persona, debemos socorrerlo, cuidarlo y sanarlo. Y la triste realidad es que hoy, en el mundo, no es solo una persona la que pasa hambre, sufre la injusticia, vive en la exclusión o en la ignorancia. Creo que debemos seguir leyendo el Evangelio desde la perspectiva que nos mostró Jesús de cuidar del débil, del enfermo, del pobre. De lo contrario, no seremos la Iglesia que quería el Padre para los hombres.

Nada más.

[Aplausos]

David Vicente - Muchísimas gracias, Ricardo. Ahora es el turno de Antonio Sáinz, que nos ha hecho una presentación.